

cuando el rey profeta, con ser tan conforme al corazón del Señor y tan su valido, y cuando Salomón, á pesar de su sobrenatural é infusa sabiduría, fueron conturbados y pecaron, porque Dios quitó su faz de ellos, ¿qué no debo temer yo, misero pecador, tan joven, tan inexperto de las astucias del demonio, y tan poco firme y adiestrado en las peleas de la virtud?

Lleno de un provechoso temor de Dios, y con la debida desconfianza de mi flaqueza, no olvidaré los consejos y prudentes amonestaciones de Vd., rezando con fervor mis oraciones y meditando en las cosas divinas para aborrecer las mundanas en lo que tienen de aborrecibles; pero aseguro á Vd. que hasta ahora, por más que ahondo en mi conciencia y registro con suspicacia sus más escondidos senos, nada descubro que me haga temer lo que Vd. teme.

Si de mis cartas anteriores resultan encomios para el alma de Pepita Jiménez, culpa es de mi padre y del señor vicario, y no mía; porque al principio, lejos de ser favorable á esta mujer, estaba yo prevenido contra ella con prevención injusta.

En cuanto á la belleza y donaire corporal de Pepita, crea Vd. que lo he considerado todo con entera limpieza de pensamiento. Y aunque me sea costoso el decirlo, y aunque á Vd. le duela un poco, le confesaré que si alguna leve mancha ha venido á empañar el sereno y pulido espejo de mi alma, en que Pepita se reflejaba, ha sido la ruda sospecha de Vd., que casi me ha llevado por un instante á que yo mismo sospeche.

Pero no. ¿Qué he pensado yo, qué he mirado, qué he celebrado en Pepita, por donde nadie puede colegir que propendo á sentir por ella algo que no sea amistad y aquella inocente y limpia admiración que inspira una obra de arte, y más si la obra es del Artífice soberano, y nada menos que su templo?

Por otra parte, querido tío, yo tengo que vivir en el mundo, tengo que tratar á las gentes, tengo que verlas, y no he de arrancarme los ojos. Usted me ha dicho mil veces que me quiere en la vida activa: predicando la ley divina, difundiéndola por el mundo, y no entregado á la vida contemplativa en la soledad y el aislamiento. Ahora bien; si es así, como lo es ¿de que suerte me había yo de gobernar para no reparar en Pepita Jiménez? á no poner en ridiculo, cerrando en su presencia los ojos, fuerza es que yo vea y note la hermosura de los suyos, lo blanco, sonrosado y limpio de su tez, la igualdad y el nacarado esmalte de los dientes, que descubre á menudo cuando sonríe, la fresca púrpura de sus labios, la serenidad y tersura de su frente, y otros mil atractivos que Dios ha puesto en ella. Claro está que para el que lleva en su alma el germen de los pensamientos livianos, la levadura del vicio, cada una de las impresiones que Pepita produce puede ser como el golpe del eslabón que hiere el pedernal y hace brotar la chispa que todo lo incendia y devora; pero yendo prevenido contra este peligro, y reparándome y cubriéndome bien con el escudo de la prudencia cristiana, no

encuentro que tenga yo nada que recelar. Además que, si bien es temerario buscar el peligro, es cobardía no saber arrostrarle y huir de él cuando se presenta.

No dude Vd.: yo veo en Pepita Jiménez una hermosa criatura de Dios, y por Dios la amo como á hermana. Si alguna predilección siento por ella, es por las alabanzas que de ella oigo á mi padre, al señor vicario y á casi todos los de este lugar.

Por amor á mi padre desearía yo que Pepita desistiese de sus ideas y planes de vida retirada, y se casase con él; pero, prescindiendo de esto, y si yo viese que mi padre sólo tenía un capricho, y no una verdadera pasión, me alegraría de que Pepita permaneciese firme en su casta viudez, y cuando yo estuviese muy lejos de aquí, allá en la India ó en el Japón, ó en algunas misiones más peligrosas, tendría un consuelo en escribirle algo sobre mis peregrinaciones y trabajos. Cuando, ya viejo, volviese yo por este lugar, también gozaría mucho en intimar con ella, que sería ya vieja, y en tener con ella coloquios espirituales y pláticas por el estilo de las que tiene ahora el padre vicario.

Hoy, sin embargo, como soy mozo me acerco poco á Pepita; apenas la hablo. Prefiero pasar por encogido, por tonto, por mal criado y arisco, á dar la menor ocasión, no ya á la realidad de sentir por ella lo que no debo, pero ni á la sospecha ni á la maledicencia.

En cuanto á Pepita, ni remotamente conven-go en lo que Vd. deja entrever como vago

recelo. ¿Qué plan ha de formar respecto á un hombre que va á ser clérigo dentro de dos ó tres meses? Ella, que ha desairado á tantos, ¿por qué había de prendarse de mí? Harto me conozco, y sé que no puedo, por fortuna, inspirar pasiones. Dicen que no soy feo, pero soy desmañado, torpe, corto de genio, poco ameno; tengo trazas de lo que soy; de un estudiante humilde. ¿Qué valgo yo al lado de los gallardos mozos, aunque algo rústicos, que han pretendido á Pepita; ágiles jinetes, discretos y regocijados en la conversación, cazadores como Nembrot, diestros en todos los ejercicios de cuerpo, cantadores finos y celebrados en todas las ferias de Andalucía, y bailarines apuestos, elegantes y primorosos? Si Pepita ha desairado todo esto. ¿cómo ha de fijarse ahora en mí y ha de concebir el diabólico deseo y más diabólico proyecto de turbar la paz de mi alma, de hacerme abandonar mi vocación, tal vez de perderme? No, no es posible. Yo creo buena á Pepita, y á mí, lo digo sin mentida modestia, me creo insignificante. Ya se entiende que me creo insignificante para enamorarla, no para ser su amigo; no para que ella me estime y llegue á tener un día cierta predilección por mí, cuando yo acierte á hacerme digno de esta predilección con una santa y laboriosa vida.

Perdóneme Vd. si me defendiendo con sobrado calor de ciertas reticencias de la carta de Vd., que suenan á acusaciones y á fatídicos pronósticos.

Yo no me quejo de esas reticencias; Vd. me

da avisos prudentes, gran parte de los cuales acepto y pienso seguir. Si va Vd. más allá de lo justo en el recelar, consiste sin duda en el interés que por mí se toma, y que yo de todo corazón le agradezco.

4 de Mayo.

Extraño es que en tantos días yo no haya tenido tiempo para escribir á Vd.; pero tal es la verdad. Mi padre no me deja parar y las visitas me asedian.

En las grandes ciudades es fácil no recibir, aislarse, crearse una soledad, una Tebaida en medio del bullicio: en un lugar de Andalucía, y sobre todo teniendo la honra de ser hijo del cacique, es menester vivir en público. No ya sólo hasta al cuarto donde escribo, sino hasta mi alcoba penetran, sin que nadie se atreva á oponerse, el señor vicario, el escribano, mi primo Curruto, hijo de doña Casilda, y otros mil, que me despiertan si estoy dormido y me llevan donde quieren.

El casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas del día. Desde las once de la mañana está lleno de gente que charla, que lee por cima algún periódico para saber las noticias, y que juega al tresillo. Personas hay que se pasan diez ó doce horas al día jugando á dicho juego. En fin, hay aquí una holganza tan encantadora que más no puede ser. Las diversiones son muchas, á fin de entretener dicha holganza. Además del tresillo se arma la timbirimba con frecuencia, y se jue-

ga al monte. Las damas, el ajedrez y el dominó no se descuidan. Y por último, hay una pasión decidida por las riñas de gallos.

Todo esto, con el visiteo, el ir al campo á inspeccionar las labores, el ajustar todas las noches las cuentas con el aperador, el visitar las bodegas y candioteras, y el clarificar, trasegar y perfeccionar los vinos, y el tratar con gitanos y chalanés para compra, venta ó cambalache de los caballos, mulas y borricos, ó con gente de Jerez que viene á comprar nuestro vino para trocarle en jerezano, ocupa aquí de diario á los hidalgos, señoritos ó como quieran llamarse. En ocasiones extraordinarias hay otras faenas y diversiones que dan á todo más animación, como en tiempo de la siega, de la vendimia y de la recolección de la aceituna; ó bien cuando hay feria y toros aquí ó en otro pueblo cercano, ó bien cuando hay romería al santuario de alguna milagrosa imagen de María Santísima, á donde si acuden no pocos por curiosidad y para divertirse y feriar á sus amigas cupidos y escapularios, más son los que acuden por devoción y en cumplimiento de voto ó promesa. Hay santuario de éstos que está en la cumbre de una elevadísima sierra, y con todo no faltan aún mujeres delicadas que suben allí con los pies descalzos, hiriéndoselos con abrojos, espinas y piedras, por el pendiente y mal trazado sendero.

La vida de aquí tiene cierto encanto. Para quien no sueña con la gloria, para quien nada ambiciona, comprendo que sea muy descansada

y dulce vida. Hasta la soledad puede lograrse aquí haciendo un esfuerzo. Como yo estoy aquí por una temporada, no puedo ni debo hacerle; pero, si yo estuviese de asiento, no hallaría dificultad, sin ofender á nadie, en encerrarme y retraerme durante muchas horas ó durante todo el día, á fin de entregarme á mis estudios y meditaciones.

Su nueva y más reciente carta de Vd. me ha afligido un poco. Veo que insiste Vd. en sus sospechas, y no sé qué contestar para justificarme, sino lo que ya he contestado!

Dice Vd. que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga: que huir es vencer. ¿Cómo he de negar yo lo que el Apóstol y tantos santos Padres y Doctores han dicho? Con todo, de sobra sabe Vd. que el huir no depende de mi voluntad. Mi padre no quiere que me vaya; mi padre me retiene á pesar mío; tengo que obedecerle. Necesito, pues, vencer por otros medios, y no por el de la fuga.

Para que Vd. se tranquilice, repetiré que la lucha apenas está empeñada; que Vd. ve las cosas más adelantadas de lo que están.

No hay el menor indicio de que Pepita Jiménez me quiera. Y aunque me quisiese, sería de otro modo que como querían las mujeres que Vd. cita para mi ejemplar escarmiento. Una señora bien educada y honesta en nuestros días no es tan inflamable y desafortada como esas matronas de que están llenas las historias antiguas.

El pasaje que aduce Vd. de San Juan Crisóstomo es digno del mayor respeto, pero no es del todo apropiado á las circunstancias. La gran dama que en Of, Tebas ó Dióspolis Magna, se enamoró del hijo predilecto de Jacob, debió de ser hermosísima; sólo así se concibe que asegure el Santo ser mayor prodigio el que Josef no ardiera que el que los tres mancebos que hizo poner Nabucodonosor en el horno candente no se redujesen á cenizas.

Confieso con ingenuidad que, lo que es en punto á hermosura, no atino á representarme que supere á Pepita Jiménez la mujer de aquel príncipe egipcio, mayordomo mayor ó cosa por el estilo del palacio de los Faraones; pero ni yo soy como Josef, agraciado con tantos dones y excelencias, ni Pepita es una mujer sin religión y sin decoro. Y aunque fuera así, aun suponiendo todos estos horrores, no me explico la ponderación de San Juan Crisóstomo sino porque vivía en la capital corrompida, y semi-gentilica aún, del Bajo Imperio; en aquella corte, cuyos vicios tan crudamente censuró, y donde la propia emperatriz Eudoxia daba ejemplo de corrupción y de escándalo. Pero hoy, que la moral evangélica ha penetrado más profundamente en el seno de la sociedad cristiana, me parece exagerado creer más milagroso el casto desdén del hijo de Jacob que la incombustibilidad material de los tres mancebos de Babilonia.

Otro punto toca Vd. en su carta que me anima y lisonjea en extremo. Condena Vd.

como debe el sentimentalismo exagerado y la propensión á enternecerme y á llorar por motivos pueriles, de qué le dije padecía á veces; pero esta afeminada pasión de ánimo, ya que existe en mí, importando desecharla, celebra Vd. que no se mezcle con la oración y la meditación, y las contamine. Vd. reconoce y aplaude en mí la energía verdaderamente varonil que debe haber en el afecto y en la mente que anhelan elevarse á Dios. La inteligencia que pugna por comprenderle ha de ser briosa; la voluntad que se le somete por completo es porque triunfa antes de sí misma, riñendo bravas batallas con todos los apetitos, y derrotando y poniendo en fuga todas las tentaciones; el mismo efecto acendrado y ardiente, que, aun en criaturas simples y cuitadas, puede encumbrarse hasta Dios por el raptó de amor, logrando conocerle por iluminación sobrenatural, es hijo, á más de la gracia divina, de un carácter firme y entero. Ésa languidez, ese quebranto de la voluntad, esa ternura enfermiza, nada tienen que hacer con la caridad, con la devoción y con el amor divino. Aquello es atributo de menos que mujeres; estas son pasiones, si pasiones pueden llamarse, de más que hombres; de ángeles. Si; tiene Vd. razón de confiar en mí, y de esperar que no he de perderme porque una piedad relajada y muelle abra las puertas de mi corazón á los vicios, transigiendo con ellos. Dios me salvará y yo combatiré por salvarme con su auxilio; pero, si me pierdo, los enemigos del alma y los pecados mortales no

han de entrar disfrazados ni por capitulación en la fortaleza de mi conciencia, sino con banderas desplegadas, llevándolo todo á sangre y fuego y después de acérrimo combate.

En estos últimos días he tenido ocasión de ejercitar mi paciencia en grande y de mortificar mi amor propio del modo más cruel.

Mi padre quiso pagar á Pepita el obsequio de la huerta, y la convidó á visitar su quinta del Pozo de la Solana. La expedición fué el 22 de Abril. No se me olvidará esta fecha.

El Pozo de la Solana dista más de dos leguas de este lugar, y no hay hasta allí sino camino de herradura. Tuvimos todos que ir á caballo. Yo, como jamás he aprendido á montar, he acompañado á mi padre en todas las anteriores excursiones en una mulita de paso, muy mansa, y que, según la expresión de Dientes, el muletero, es más noble que el oro y más serena que un coche. En el viaje al Pozo de la Solana fui en la misma cabalgadura.

Mi padre, el escribano, el boticario y mi primo Currito iban en buenos caballos, Mi tía doña Casilda, que pesa más de diez arrobas, en una enorme y poderosa buñra con sus jamugas. El señor vicario en una mula mansa y serena como la mía.

En cuanto á Pepita Jiménez, que imaginaba yo que vendría también en burra con jamugas, pues ignoraba que montase, me sorprendió, apareciendo en un caballo tordo muy vivo y fogoso, vestida de amazona, y manejando el caballo con destreza y primor notables.

Me alegré de ver á Pepita tan gallarda á caballo; pero desde luego presentí y empezó á mortificarme el desairado papel que me tocaba hacer al lado de la robusta tía doña Casilda y del padre vicario, yendo nosotros á retaguardia, pacíficos y *serenos*, como en coche, mientras que la lucida cabalgata caracolearía, correría, trotaría y haría mil evoluciones y escarceos.

Al punto se me antojó que Pepita me miraba compasiva, al ver la facha lastimosa que sobre la mula debía yo de tener. Mi primo Currito me miró con sonrisa burlona, y empezó en seguida á embromarme y atormentarme.

Aplauda Vd. mi resignación y mi valerosa paciencia. A todo me sometí de buen talante, y pronto, hasta las bromas de Currito acabaron al notar cuán invulnerable yo era. Pero ¡cuánto sufrí por dentro! Ellos corrieron, galoparon, se nos adelantaron á la ida y la vuelta. El vicario y yo permanecemos siempre *serenos*, como las mulas, sin salir del paso y llevando á doña Casilda en medio.

Ni siquiera tuve el consuelo de hablar con el padre vicario, cuya conversación me es tan grata; ni de encerrarme dentro de mí mismo y fantasear y soñar, ni de admirar á mis solas la belleza del terreno que recorriamos. Doña Casilda es de una locuacidad abominable, y tuvimos que oírla. Nos dijo cuanto hay que saber de chismes del pueblo, y nos habló de todas sus habilidades, y nos explicó el modo de hacer salchichas, morcillas de sesos, hojaldres, y otros mil guisos y regalos. Nadie la vence en nego-

cios de cocina y de matanza de cerdos, según ella, sino Antoñona, la nodriza de Pepita Jiménez, y hoy su ama de llaves y directora de su casa. Yo conozco ya á la tal Antoñona, pues va y viene á casa con recados, y, en efecto, es muy lista; tan parlanchina como la tía Casilda, pero cien veces más discreta.

El camino hasta el Pozo de la Solana es delicioso; pero yo iba tan contrariado, que no acerté á gozar de él. Cuando llegamos á la casería y nos apeamos, se me quitó de encima un gran peso, como si fuese yo quien hubiese llevado á la mula y no la mula á mí.

Yo á pie recorrimos la posesión, que es magnífica, variada y extensa. Hay allí más de ciento veinte fanegas de viña vieja y majuelo, todo bajo una linde; otro tanto o más de olivar, y por último, un bosque de encinas de las más corpulentas que aún quedan en pie en toda Andalucía. El agua del Pozo de la Solana forma un arroyo claro y abundante, donde vienen á beber todos los pajarillos de las cercanías, y donde se cazan á centenares por medio de espartos con liga ó con red, en cuyo centro se colocan el cimbel y el reclamo. Allí recordé mis diversiones de la niñez y cuántas veces había ido yo á cazar pajarillos de la manera expresada.

Siguiendo el curso del arroyo, y sobre todo en las hondonadas, hay muchos álamos y otros árboles altos, que, con las matas y hierbas, crean un intrincado laberinto y una sombría empesura. Mil plantas silvestres y olorosas

crecen allí de un modo espontáneo, y por cierto que es difícil imaginar nada más esquivo, agreste y verdaderamente solitario, apacible y silencioso que aquellos lugares. Se concibe allí en el fervor del mediodía, cuando el sol vierte á torrentes la luz desde un cielo sin nubes, en las calorosas y reposadas siestas, el mismo terror misterioso de las horas nocturnas. Se concibe allí la vida de los antiguos patriarcas y de los primitivos héroes y pastores, y las apariciones y visiones que tenían de ninfas, de deidades y de ángeles, en medio de la claridad meridiana.

Andando por aquella espesura, hubo un momento en el cual, no acerté á decir cómo, Pepita y yo nos encontramos solos: yo al lado de ella. Los demás se habían quedado atrás.

Entonces sentí por todo mi cuerpo un estremecimiento. Era la primera vez que me veía á solas con aquella mujer y en sitio tan apartado, y cuando yo pensaba en las apariciones meridianas, ya siniestras, ya dulces y siempre sobrenaturales, de los hombres de las edades remotas.

Pepita había dejado en la casería la larga falda de montar, y caminaba con un vestido corto que no estorbaba la graciosa ligereza de sus movimientos. Sobre la cabeza llevaba un sombrero andaluz colocado con gracia. En la mano el látigo, que se me antojó como varita de virtudes, con que pudiera hechizarme aquella maga.

No temo repetir aquí los elogios de su belleza. En aquellos sitios agrestes se me apareció

más hermosa. La cautela que recomiendan los ascetas, de pensar en ella, afeada por los años y por las enfermedades, de figurármela muerta, llena de hedor y podredumbre, y cubierta de gusanos, vino, á pesar mio, á mi imaginación; y digo á pesar mio, porque no entiendo que tan terrible cautela fuese indispensable. Ninguna idea mala en lo material, ninguna sugestión del espíritu maligno turbó entonces mi razón ni logró inficionar mi voluntad y mis sentidos.

Lo que sí se me ocurrió fué un argumento para invalidar, al menos en mí, la virtud de esa cautela. La hermosura, obra de un arte soberano y divino, puede ser caduca y efímera, desaparecer en el instante; pero su idea es eterna, y en la mente del hombre vive vida inmortal, una vez percibida. La belleza de esta mujer, tal como hoy se manifiesta, desaparecerá dentro de breves años: ese cuerpo elegante, esas formas esbeltas, esa noble cabeza, tan gentilmente erguida sobre los hombros, todo será pasto de gusanos inmundos; pero si la materia ha de trasformarse, la forma, el pensamiento artístico, la hermosura misma, ¿quien la destruirá? ¿No está en la mente divina? Percibida y conocida por mí, ¿no vivirá en mi alma, vencedora de la vejez y aun de la muerte?

Así meditaba yo, cuando Pepita y yo nos acercamos. Así serenaba yo mi espíritu y mitigaba los recelos que Vd. ha sabido infundirme. Yo deseaba y no deseaba á la vez que llegasen los otros. Me complacía y me afligía al mismo tiempo de estar solo con aquella mujer.

La voz argentina de Pepita rompió el silencio, y sacándome de mis meditaciones, dijo:

—¡Qué callado y qué triste está V., señor don Luis! Me apesadumbra el pensar que tal vez por culpa mía, en parte al menos, da á Vd. hoy un mal rato su padre, trayéndole á estas soledades, y sacándole de otras más apartadas, donde no tendrá Vd. nada que le distraiga de sus oraciones y piadosas lecturas.

Yo no sé lo que contesté á esto. Hube de contestar alguna sandez, porque estaba turbado; y ni quería hacer un cumplimento á Pepita, diciéndole galanterías profanas, ni quería tampoco contestar de un modo grosero.

Ella prosiguió:

—Usted me ha de perdonar si soy maliciosa, pero se me figura que, además del disgusto de verse usted separado hoy de sus ocupaciones favoritas, hay algo más que contribuye poderosamente á su mal humor.

—¿Qué es ese algo más?—dije yo—pues Vd. lo descubre todo ó cree descubrirlo.

—Ese algo más—replicó Pepita—no es sentimiento propio de quien va á ser sacerdote tan pronto; pero si lo es de un joven de veintidós años.

Al oír esto, sentí que la sangre me subía al rostro y que el rostro me ardia. Imaginé mil extravagancias, me creí presa de una obsesión. Me juzgué provocado por Pepita, que iba á darme á entender que conocía que yo gustaba de ella. Entonces mi timidez se trocó en atrevida soberbia, y la miré de hito en hito. Algo

de ridículo hubo de haber en mi mirada, pero, ó Pepita no lo advirtió, ó lo disimuló con benévola prudencia, exclamando del modo más sencillo:

—No se ofenda Vd. porque yo le descubra alguna falta. Esta que he notado me parece leve. Usted está lastimado de las bromas de Currito y de hacer (hablando profanamente) un papel poco airoso, montado en una mula mansa, como el señor vicario, con sus ochenta años, y no en un brioso caballo, como debiera un joven de su edad y circunstancias. La culpa es del señor Deán, que no ha pensado en que Vd. aprenda á montar. La equitación no se opone á la vida que Vd. piensa seguir, y yo creo que su padre de Vd., ya que está Vd. aquí, debiera en pocos días enseñarle. Si Vd. va á Persia ó á China, allí no hay ferrocarriles aún, y hará Vd. una triste figura cabalgando mal. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros, merced á esta torpeza, y luego sea más difícil de lograr el fruto de las predicaciones.

Estos y otros razonamientos más adujo Pepita para que yo aprendiese á montar á caballo, y quedé tan convencido de lo útil que es la equitación para un misionero, que le prometí aprender en seguida, tomando á mi padre por maestro.

—En la primera nueva expedición que hagamos—le dije—he de ir en el caballo más fogoso de mi padre, y no en la mulita de paso en que voy ahora.

—Mucho me alegraré—replicó Pepita con una sonrisa de indecible suavidad.

En esto llegaron todos al sitio en que estábamos, y yo me alegré en mis adentros, no por otra cosa, sino por temor de no acertar á sostener la conversación, y de salir con doscientas mil simplicidades por mi poca ó ninguna práctica de hablar con mujeres.

Después del paseo, sobre la fresca hierba y en el más lindo sitio junto al arroyo, nos sirvieron los criados de mi padre una rústica y abundante merienda. La conversación fué muy animada, y Pepita mostró mucho ingenio y discreción. Mi primo Currito volvió á embromarme sobre mi manera de cabalgar y sobre la mansedumbre de mi mula: me llamó *teólogo* y me dijo que sobre aquella mula parecía que iba repartiendo bendiciones. Esta vez, con el firme propósito de hacerme jinete, contesté á las bromas con desenfado picante. Me callé, con todo, el compromiso contraído de aprender la equitación. Pepita, aunque en nada habíamos convenido, pensó, sin duda, como yo, que importaba el sigilo para sorprender luego, cabalgando bien, y nada dijo de nuestra conversación. De aquí provino, natural y sencillamente, que existiera un secreto entre ambos, lo cual produjo en mi ánimo extraño efecto.

Nada más ocurrió aquel día, que merezca contarse.

Por la tarde volvimos al lugar como habíamos venido. Yo, sin embargo, en mi mula mansa y al lado de la tía Casilda, no me aburrí ni en-

tristeci á la vuelta como á la ida. Durante todo el viaje oí á la tía sin cansancio referir sus historias, y por momentos me distraje en vagas imaginaciones.

Nada de lo que en mi alma pasa debe ser un misterio para Vd. Declaro que la figura de Pepita era como el centro, ó mejor dicho, como el núcleo y el foco de estas imaginaciones vagas.

Su meridiana aparición en lo más intrincado, umbrío y silencioso de la verde enramada me trajo á la memoria todas las apariciones, buenas ó malas, de seres portentosos y de condición á la nuestra, que había yo leído en los autores sagrados y los clásicos profanos. Pepita, pues, se me mostraba en los ojos y en el teatro interior de mi fantasía, no como iba á caballo delante de nosotros, sino de un modo ideal y etéreo, en el retiro nemoroso, como á Eneas su madre, como á Calimaco Palas, como al pastor bohemio Kroco la sílfide que luego concibió á Libusa, como Diana al hijo de Aristeo, como al patriarca los ángeles en el valle de Mambré, como á San Antonio el hipocentauro en la soledad del yermo.

Encuentro tan natural como el de Pepita se trocaba en mi mente en algo de prodigio. Por un momento, al notar la consistencia de esta imaginación, me creí obseso; me figuré, como era evidente, que en los pocos minutos que había estado á solas con Pepita junto al arroyo de la Solana, nada había ocurrido que no fuese natural y vulgar; pero que después, conforme iba

yo caminando tranquilo en mi mula, algún demonio se agitaba invisible en torno mío, sugiriéndome mil disparates.

Aquella noche dije á mi padre el deseo de aprender á montar. No quise ocultarle que Pepita me había excitado á ello. Mi padre tuvo una alegría extraordinaria. Me abrazó, me besó, me dijo que ya no era Vd. solo mi maestro; que él también iba á tener el gusto de enseñarme algo. Me aseguro, por último, que en dos ó tres semanas haría de mí el mejor caballista de toda Andalucía; capaz de ir á Gibraltar por contrabando y de volver de allí, burlando al resguardo, con una coracha de tabaco y con un buen alijo de algodones; apto, en suma, para pasmar á todos los jinetes que se lucen en las ferias de Sevilla y de Mairena, y para oprimir los lomos de Babiaca, de Bucéfalo, y aun de los propios caballos del Sol, si por acaso bajaban á la tierra y podía yo asirlos de la brida.

Ignoro qué pensará Vd. de este arte de la equitación que estoy aprendiendo; pero presumo que no le tendrá por malo.

¡Si viera Vd. que gozoso está mi padre y cómo se deleita enseñándome! Desde el día siguiente al de la expedición que he referido, doy dos lecciones diarias. Día hay durante el cual la lección es perpetua, porque nos le pasamos á caballo. La primera semana fueron las lecciones en el corralón de la casa, que está desempedrado y sirvió de picadero.

Y salimos al campo, pero procurando que nadie nos vea. Mi padre no quiere que me

muestre en público hasta que pame por lo bien plantado, según él dice. Si su vanidad de padre no le engaña, esto será muy pronto, porque tengo una disposición maravillosa para ser buen jinete.

—¡Bien se ve que eres mi hijo!— exclama mi padre con júbilo al contemplar mis adelantos.

Es tan bueno mi padre, que espero que Vd. le perdonará su lenguaje profano y sus chistes irreverentes. Yo me ajiro en lo interior de mi alma, pero lo sufro todo.

Con las continuadas y largas lecciones estoy que da lástima de agujetas. Mi padre me recomienda que escriba á Vd. que me abro las carnes á disciplinazos.

Como dentro de poco sostiene que me dará por enseñado, y no desea jubilarse de maestro, me propone otros estudios extravagantes y harto impropios de un futuro sacerdote. Unas veces quiere enseñarme á derribar para llevarme luego á Sevilla, donde dejaré bizcos á los ternes y gente del bronce, con la garrocha en la mano, en los llanos de Tablada. Otras veces se acuerda de sus mocedades y de cuando fué guardia de corps, y dice que va á buscar sus floretes, guantes y caretas y á enseñarme la esgrima. Y, por último, presumiendo también mi padre de manejar como nadie una navaja, ha llegado á ofrecermé que me comunicará esta habilidad.

Ya se hará Vd. cargo de lo que yo contesto á tamañas locuras. Mi padre replica que en los buenos tiempos antiguete en los clérigos,

sino hasta los obispos andaban á caballo acuchillando infieles. Yo observo que eso podia suceder en las edades bárbaras, pero que ahora no deben los ministros del Altísimo saber esgrimir más armas que las de la persuasión.—Y cuando la persuasión no basta—añade mi padre—¿no viene bien corroborar un poco los argumentos á linternazos?—El misionero completo, según entiende mi padre, debe en ocasiones apelar á estos medios heroicos, y como mi padre ha leído muchos romances é historias, cita ejemplos en apoyo de su opinión. Cita en primer lugar á Santiago, quien, sin dejar de ser apóstol, más acuchilla á los moros que les predica y persuade en su caballo blanco; cita á un señor de la Vera; que fué con una embajada de los Reyes Católicos para Boabdil, y que en el patio de los Leones se enredó con los moros en disputas teológicas, y apurado ya de razones; sacó la espada y arremetió contra ellos para acabar de convertirlos; y cita, por último, al hidalgo vizcaíno D. Iñigo de Loyola, el cual, en una controversia que tuvo con un moro sobre la pureza de María Santísima, hartó ya de las impías y horrorosas blasfemias con que el moro le contradecía, se fué sobre él espada en mano, y si el moro no se salva por pies, le infunde el convencimiento en el alma por estilo tremendo. Sobre el lance de San Ignacio contesto yo á mi padre que fué antes de que el santo se hiciera sacerdote, y sobre los otros ejemplos digo que no hay paridad.

F-

¿sabiendo como puedo de las

bromas de mi padre y me limito á ser buen jinete sin estudiar esas otras artes, tan impropias de los clérigos, aunque mi padre asegura que no pocos clérigos españoles las saben y las ejercen á menudo en España, aun en el día de hoy, á fin de que la fé triunfe, y se conserve ó restaure la unidad católica.

Me pesa en el alma de que mi padre sea así; de que hable con irreverencia y de burla de las cosas más serias; pero no incumbe á un hijo respetuoso el ir más allá de lo que voy en reprimir sus desahogos un tanto volterianos. Los llamo un tanto volterianos, porque no acierto á calificarlos bien. En el fondo mi padre es buen católico, y esto me consuela.

Ayer fué día de la Cruz y estuvo el lugar muy animado. En cada calle hubo seis ó siete cruces de Mayo llenas de flores, si bien ninguna tan bella como la que puso Pepita en la puerta de su casa. Era un mar de flores el que engalanaba la cruz.

Por la noche tuvimos fiesta en casa de Pepita. La cruz, que había estado en la calle, se colocó en una gran sala baja, donde hay piano, y nos dió Pepita un espectáculo sencillo y poético que yo había visto cuando niño, aunque no le recordaba.

De la cabeza de la cruz pendían siete listones ó cintas anchas, dos blancas, dos verdes y tres encarnadas, que son los colores simbólicos de las virtudes teologales. Ocho niños de cinco ó seis años, representando los siete Sacramentos, asidos de las siete cintas que pendían de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

la cruz, bailaron á modo de una contradanza muy bien ensayada. El bautismo era un niño vestido de catecúmeno con su túnica blanca; el orden, otro niño de sacerdote; la confirmación, un obispito; la extremaunción, un peregrino con bordón y esclavina llena de conchas; el matrimonio, un novio y una novia, y un Nazareno con cruz y corona de espinas, la penitencia.

El baile, más que baile, fué una serie de reverencias, pasos, evoluciones y genuflexiones al compás de una música no mala, de algo como marcha, que el organista tocó en el piano con bastante destreza.

Los niños, hijos de criados y familiares de la casa de Pepita, después de hacer su papel, se fueron á dormir muy regalados y agasajados.

La tertulia continuó hasta las doce, y hubo refresco; esto es, tacillas de almíbar, y por último, chocolate con torta de bizcocho y agua con azucarillos.

El retiro y la soledad de Pepita van olvidándose desde que volvió la primavera, de lo cual mi padre está muy contento. De aquí en adelante Pepita recibirá todas las noches, y mi padre quiere que yo sea de la tertulia.

Pepita ha dejado el luto, y está ahora más galana y vistosa con trajes ligeros y casi de verano, aunque siempre muy modestos.

Tengo la esperanza de que lo más que mi padre me retendrá ya por aquí será todo este mes. En Junio nos iremos juntos á esa ciudad; y ya Vd. verá cómo, libre de Pepita, que no piensa en mí ni se acordará de mí para malo

ni para bueno, tendré el gusto de abrazar á Vd. y de lograr la dicha de ser sacerdote.

7 de Mayo.

Todas las noches, de nueve á doce, tenemos, como ya indiqué á Vd., tertulia en casa de Pepita. Van cuatro ó cinco señoras y otras tantas señoritas del lugar, contando con la tía Casilda, y van también seis ó siete caballeros, que suelen jugar á juegos de prendas con las niñas. Como es natural, hay tres ó cuatro noviazgos.

La gente formal de la tertulia es la de siempre. Se compone, como si dijéramos, de los altos funcionarios: de mi padre, que es el cacique; del boticario, del médico, del escribano y del señor vicario.

Pepita juega al tresillo con mi padre, con el señor vicario y con algún otro.

Yo no sé de qué lado ponerme. Si me voy con la gente joven, estorbo con mi gravedad en sus juegos y enamoramientos. Si me voy con el estado mayor, tengo que hacer el papel de mirón en una cosa que no entiendo. Yo no sé más juegos de naipes que el burro ciego, el burro con vista, y un poco de tute ó brisca cruzada.

Lo mejor sería que yo no fuese á la tertulia; pero mi padre se empeña en que vaya. Con no ir, según él, me pondría en ridículo.

Muchos extremos de admiración hace mi padre al notar mi ignorancia de ciertas cosas. Esto de que yo no sepa jugar al tresillo, si quiera al tresillo, le tiene maravillado.

—Tu tío te ha criado—me dice—debajo de un fanal, haciéndote tragar teología, y dejándote á obscuras de lo demás que hay que saber. Por lo mismo que vas á ser clérigo, y que no podrás bailar ni enamorar en las reuniones, necesitas jugar al tresillo. Si no, ¿qué vas á hacer, desdichado?

A estos y otros discursos por el estilo he tenido que rendirme, y mi padre me está enseñando en casa á jugar al tresillo, para que, no bien le sepa, lo juegue en la tertulia de Pepita. También, como ya le dije á Vd., ha querido enseñarme la esgrima, y después á fumar y á tirar á la pistola y á la barra; pero en nada de esto he consentido yo.

—¿Qué diferencia—exclama mi padre—entre tu mocedad y la mía!

Y luego añade riéndose:

—En sustancia, todo es lo mismo. Yo también tenía mis horas canónicas en el cuartel de Guardias de Corps; el cigarro era el incensario, la baraja el libro de coro, y nunca me faltaban otras devociones y ejercicios más ó menos espirituales.

Aunque Vd. me tenía prevenido acerca de estas genialidades de mi padre, y de que por ellas había estado yo con Vd. doce años, desde los diez á los veintidós, todavía me aturden y desazonan los dichos de mi padre, sobrado libres á veces. Pero ¿qué le hemos de hacer? Aunque no puedo censurárselos, tampoco se los aplaudo ni se los río.

Lo singular y plausible es que mi padre es

otro hombre cuando está en casa de Pepita. Ni por casualidad se le escapa una sola frase, un solo chiste de estos que prodiga tanto en otros lugares. En casa de Pepita es mi padre el propio comedimiento. Cada día parece, además, mas prendado de ella y con mayores esperanzas del triunfo.

Sigue mi padre contentísimo de mi como discípulo de equitación. Dentro de cuatro ó cinco días asegura que podré ya montar y montaré en Lucero, caballo negro, hijo de un caballo árabe y de una yegua de la casta de Guadalcazar, saltador, corredor, lleno de fuego y adiestrado en todo linaje de corvetas.

—Quien eche á Lucero los calzones encima—dice mi padre—ya puede apostarse á montar con los propios centauros; y tú le echarás los calzones encima dentro de poco.

Aunque me paso todo el día en el campo á caballo, en el casino y en la tertulia, robo algunas horas al sueño, ya voluntariamente, ya porque me desvelo, y medito en mi posición y hago examen de conciencia. La imagen de Pepita está siempre presente en mi alma. ¿Será esto amor? me pregunto.

Mi compromiso moral, mi promesa de consagrarme á los altares, aunque no confirmada, es para mí valedera y perfecta. Si algo que se oponga al cumplimiento de esa promesa ha penetrado en mi alma, es necesario combatirlo.

Desde luego noto, y no me acuse Vd. de soberbia porque le digo lo que noto, que el imperio de mi voluntad, que Vd. me ha ense-

ñado á ejercer, es omnímodo sobre todos mis sentidos. Mientras Moisés en la cumbre del Sinaí conversaba con Dios, la baja plebe en la llanura adoraba rebelde el becerro. A pesar de mis pocos años, no teme mi espíritu rebeldías semejantes. Bien pudiera yo conversar con Dios con plena seguridad, si el enemigo no viniese á pelear contra mí en el mismo santuario. La imagen de Pepita se me presenta en el alma. Es un espíritu quien hace guerra á mi espíritu; es la idea de su hermosura en toda su inmaterial pureza la que se me ofrece en el camino que guía al abismo profundo del alma donde Dios asiste, y me impide llegar á él.

No me obceco, con todo. Veo claro, distingo, no me alucino. Por cima de esta inclinación espiritual que me arrastra hacia Pepita, está el amor de lo infinito y de lo eterno. Aunque yo me represente á Pepita como una poesía, no deja de ser la idea, la poesía de algo finito, limitado, concreto, mientras que el amor de Dios y el concepto de Dios todo lo abarcan. Pero por más esfuerzos que hago, no acierto á revestir de una forma imaginaria ese concepto supremo, objeto de un aprecio superiorísimo, para que luche con la imagen, con el recuerdo de la verdad caduca y efímera que de continuo me atosiga. Fervorosamente pido al cielo que se despierte en mí la fuerza imaginativa y cree una semejanza, un símbolo de ese concepto que todo lo comprende, á fin de que absorba y ahogue la imagen, el recuerdo de esta mujer.

Es vago, es oscuro, es indescriptible, es como tiniebla profunda el más alto concepto, blanco de mi amor; mientras que ella se me presenta con determinados contornos, clara, evidente, luminosa, con la luz velada que resisten los ojos del espíritu, no luminosa con la otra luz intensísima que para los ojos del espíritu es como tinieblas.

Toda otra consideración, toda otra forma, no destruye la imagen de esta mujer. Entre el Crucifijo y yo se interpone, entre la imagen devotísima de la Virgen y yo se interpone, sobre la página del libro espiritual que leo viene también á interponerse.

No creo, sin embargo, que estoy herido de lo que llaman amor en el siglo. Y aunque lo estuviera, yo lucharía y vencería.

La vista diaria de esa mujer, y el oír cantar sus alabanzas de continuo, hasta al padre vicario, me tienen preocupado; divierten mi espíritu hacia lo profano, y le alejan de su debido recogimiento; pero no, yo no amo á Pepita todavía. Me iré y la olvidaré.

Mientras aquí permanezca, combatiré con valor. Combatiré con Dios, para vencerle con el amor y el rendimiento. Mis clamores llegarán á él como inflamadas saetas y derribarán el escudo con que se defiende y oculta á los ojos de mi alma. Yo pelearé, como Israel, en el silencio de la noche, y Dios me llagará en el muslo y me quebrantará en ese combate, para que yo sea vencedor siendo vencido.

12 de Mayo.

Antes de lo que yo pensaba, querido tío, me decidió mi padre á que montase en Lucero. Ayer, á las seis de la mañana, cabalgué en esta hermosa fiera, como la llama mi padre, y me fui con mi padre al campo. Mi padre iba caballero en un jaca alazana,

Lo hice tan bien, fui tan seguro y apuesto en aquel soberbio animal, que mi padre no pudo resistir á la tentación de lucir á su discípulo; y, después de reposarnos en un cortijo que tiene media legua de aquí, y á eso de las once, me hizo volver al lugar y entrar por lo más concurrido y céntrico, metiendo mucha bulla y desempedrando las calles. No hay que afirmar que pasamos por la de Pepita, quien de algún tiempo á esta parte se va haciendo ventanera, y estaba á la reja, en una ventana baja, detrás de la verde celosía.

No bien sintió Pepita el ruido y alzó los ojos y nos vió, se levantó, dejó la costura que traía entre manos y se puso á mirarnos. Lucero, que, según he sabido después, tiene ya la costumbre de hacer piernas cuando pasa por delante de la casa de Pepita, empezó á retozar y á levantarse un poco de manos. Yo quise calmarle, pero como extrañase las mías, y también extrañase al jinete, despreciándole tal vez, se alborotó más y más, empezó á dar resoplidos, á hacer corvetas y aun á dar algunos botes; pero yo me tuve firme y sereno, mostrándole que era su amo, castigándole con la espuela, tocándole con el látigo en el pecho y retenien-

dole por la brida. Lucero, que casi se había puesto de pie sobre los cuartos traseros, se humilló entonces hasta doblar mansamente las rodillas haciendo una reverencia.

La turba de curiosos, que se había agrupado alrededor, rompió en estrepitosos aplausos. Mi padre dijo:

—¡Bien por los mozos crudos y de arresto!

Y notando después que Currito, que no tiene otro oficio que el de paseante, se hallaba entre el concurso, se dirigió á él con estas palabras:

—Mira, arrastrado; mira al *teólogo* ahora, y, en vez de burlarte, quédate patitieso de asombro.

En efecto, Currito estaba con la boca abierta; inmóvil, verdaderamente asombrado.

Mi triunfo fué grande y solemne, aunque impropio de mi carácter. La inconveniencia de este triunfo me infundió vergüenza. El rubor coloró mis mejillas. Debí ponerme encendido como la grana, y más aún cuando advertí que Pepita me aplaudía y me saludaba cariñosa, sonriendo y agitando sus lindas manos.

En fin, he ganado la patente de hombre recio y de jinete de primera calidad.

Mi padre no puede estar más satisfecho y orondo; asegura que está completando mi educación, que Vd. le ha enviado en mí un libro muy sabio, pero en borrador y desencuadrado, y que él está poniéndome en limpio y encuadernándome.

El tresillo, si es parte de la encuadernación y de la limpieza, también está ya aprendido.

Dos noches he jugado con Pepita.

La noche que siguió á mi hazaña ecuestre, Pepita me recibió entusiasmada, é hizo lo que nunca había querido ni se había atrevido á hacer conmigo: me alargó la mano.

No crea Vd. que no recordé lo que recomiendan tantos y tantos moralistas y ascetas; pero allá en mi mente pensé que exageraban el peligro. Aquello del Espíritu Santo de que él que echa mano á una mujer se expone como si cogiera un escorpión, me pareció dicho en otro sentido. Sin duda que en los libros devotos, con la más sana intención, se interpretan harto duramente ciertas frases y sentencias de la Escritura. ¿Cómo entender, si no, que la hermosura de la mujer, obra tan perfecta de Dios, es causa de perdición siempre? ¿Cómo entender tampoco, en sentido general y constante, que la mujer es más amarga que la muerte? ¿Cómo entender que el que toca á una mujer, en toda ocasión y con cualquier pensamiento que sea, no saldrá sin mancha?

En fin, respondí rápidamente dentro de mi alma á estos y otros avisos, y tomé la mano que Pepita cariñosamente me alargaba, y la estreché en la mía. La suavidad de aquella mano me hizo comprender mejor su delicadeza y primor, que hasta entonces no conocía sino por los ojos.

Según los usos del siglo, dada ya la mano una vez, la debe uno dar siempre, cuando llega y cuando se despide. Espero que en esta ceremonia, en esta prueba de amistad, en esta manifestación de afecto, si se procede con pu-

reza y sin el menor átomo de liviandad, no verá Vd. nada malo ni peligroso.

Como mi padre tiene que estar muchas noches con el aperador y con otra gente de campo, y hasta las diez y media ó las once suele no verse libre, yo le sustituyo en la mesa de tresillo al lado de Pepita. El señor vicario y el escribano son casi siempre los otros tercios. Jugamos á décimo de real, de modo que un duro ó dos es lo más que se atraviesa en la partida.

Mediando como media tan poco interés en el juego, le interrumpimos continuamente con agradables conversaciones y hasta con discusiones sobre puntos extraños al mismo juego, en todo lo cual siempre demuestra Pepita una lucidez de entendimiento, una viveza de imaginación y una tan extraordinaria gracia en el decir, que no pueden menos de maravillarme.

No hallo motivo suficiente para variar de opinión respecto á lo que ya he dicho á Vd. contestando á sus recelos de que Pepita puede sentir cierta inclinación hacia mi. Me trata con el afecto natural que debe tener al hijo de su pretendiente D. Pedro de Vargas, y con la timidez y encogimiento que inspira un hombre en mis circunstancias, que no es sacerdote aún, pero que pronto va á serlo.

Quiero y debo, no obstante, decir á Vd., ya que le escribo siempre como si estuviese de rodillas delante de Vd. á los pies del confesor, una rápida impresión que he sentido dos

ó tres veces; algo que tal vez sea una alucinación ó un delirio, pero que he notado.

Ya he dicho á Vd. en otras cartas que los ojos de Pepita, verdes como los del Circe, tienen un mirar tranquilo y honestísimo. Se diría que ella ignora el poder de sus ojos, y no sabe que sirven más que para ver. Cuando fija en alguien la vista, es tan clara, franca y pura la dulce luz de su mirada, que en vez de hacer nacer ninguna mala idea, parece que crea pensamientos limpios; que deja en reposo grato á las almas inocentes y castas, y mata y destruye todo incentivo en las almas que no lo son. Nada de pasión ardiente, nada de fuego hay en los ojos de Pepita. Como la tibia luz de la luna es el rayo de su mirada.

Pues bien, á pesar de esto, yo he creído notar dos ó tres veces un resplandor instantáneo, un relámpago, una llama fugaz devoradora en aquellos ojos que se posaban en mí. ¿Será vanidad ridícula sugerida por el mismo demonio?

Me parece sí: quiero creer y creo que sí.

Lo rápido, lo fugitivo de la impresión, me induce á conjeturar que no ha tenido nunca realidad extrínseca; que ha sido ensueño mío.

La calma del cielo, el frío de la indiferencia amorosa, si bien templado por la dulzura de la amistad y de la caridad, es lo que descubro siempre en los ojos de Pepita.

Me atormenta, no obstante, este ensueño, esta alucinación de la mirada extraña y ardiente.

Mi padre dice que no son los hombres, sino las mujeres las que toman la iniciativa, y que la toman sin responsabilidad, y pudiendo negar y volverse atrás cuando quieren. Según mi padre, la mujer es quien se declara por medio de miradas fugaces, que ella misma niega más tarde á su propia conciencia, si es menester, y de las cuales, más que leer, logra el hombre á quien van dirigidas adivinar el significado. De esta suerte, casi por medio de una conmoción eléctrica, casi por medio de una sutilísima é inexplicable intuición, se percata el que es amado de que es amado, y luego, cuando se resuelve á hablar, va ya sobre seguro y en plena confianza de la correspondencia.

¿Quién sabe si estas teorías de mi padre, oídas por mí, porque no puedo menos de oirlas, son las que me han calentado la cabeza y me han hecho imaginar lo que no hay?

De todos modos, me digo á veces, ¿sería tan absurdo, tan imposible que lo hubiera? Y si lo hubiera, si yo agradase á Pepita de otro modo que como amigo, si la mujer á quien mi padre pretende se prendase de mí. ¿no sería espantosa mi situación?

Desechemos estos temores, fraguados, sin duda, por la vanidad. No hagamos de Pepita una Fedra y de mí un Hipólito.

Lo que sí empieza á sorprenderme es el descuido y plena seguridad de mi padre. Perdone Vd., pídale á Dios que perdone mi orgullo; de vez en cuando me pica y enoja la tal seguridad. Pues qué, me digo, ¿soy tan adefesio para que

mi padre no tema que, á pesar de mi supuesta santidad, ó por mi misma supuesta santidad, no pueda yo enamorar, sin querer, á Pepita?

Hay un curioso raciocinio, que yo me hago, y por donde me explico, sin lastimar mi amor propio, el descuido paterno en este asunto importante. Mi padre, aunque sin fundamento, se va considerando ya como marido de Pepita, y empieza á participar de aquella ceguedad funesta que Asmodeo ú otro demonio más torpe infunde á los maridos. Las historias profanas y eclesiásticas están llenas de esta ceguedad, que Dios permite, sin duda, para fines providenciales. El ejemplo más egregio quizás es el del emperador Marco Aurelio, que tuvo mujer tan liviana y viciosa como Faustina, y, siendo varón tan sabio y agudo filósofo, nunca advirtió lo que de todas las gentes que formaban el imperio romano era sabido; por donde, en las meditaciones ó memorias que sobre sí mismo compuso, da infinitas gracias á los dioses inmortales porque le habían concedido mujer tan fiel y tan buena, y provoca la risa de sus contemporáneos y de las futuras generaciones. Desde entonces no se ve otra cosa todos los días, sino magnates y hombres principales que hacen sus secretarios y dan todo su valimiento á los que le tienen con su mujer. De esta suerte me explico que mi padre se descuide, y no recele que, hasta á pesar mio, pudiera tener un rival en mí.

Sería una falta de respeto, pecaría yo de presumido é insolente si advirtiese á mi padre

del peligro que no ve. No hay medio de que yo le diga nada. Además, ¿qué había yo de decirle? ¿Que se me figura que una ó dos veces Pepita me ha mirado de otra manera que como suele mirar? ¿No puede ser esto ilusión mía? No; no tengo la menor prueba de que Pepita desee siquiera coquetear conmigo.

¿Qué es, pues, lo que entonces podría yo decir á mi padre? ¿Había de decirle que yo soy quien está enamorado de Pepita, que yo codicio el tesoro que ya él tiene por suyo? Ésto no es verdad; y sobre todo, ¿cómo declarar esto á mi padre, aunque fuera verdad, por mi desgracia y por mi culpa?

Lo mejor es callarme; combatir en silencio, si la tentación llega á asaltarme de veras, y tratar de abandonar cuanto antes este pueblo y de volverme con Vd.

19 de Mayo.

Gracias á Dios y á Vd. por las nuevas cartas y nuevos consejos que me envía. Hoy los necesito más que nunca.

Razón tiene la mística doctora Santa Teresa cuando pondera los grandes trabajos de las almas timidas que se dejan turbar por la tentación; pero es mil veces más trabajoso el desengaño para quienes han sido, como yo, confiados y soberbios.

Templos del Espíritu Santo son nuestros cuerpos, más si se arrima fuego á sus paredes, aunque no ardan, se tiznan.

La primera sugestión es la cabeza de la ser-

piente. Si no la hollamos con planta valerosa y segura, el ponzoñoso reptil sube á esconderse en nuestro seno.

El licor de los deleites mundanos, por inocentes que sean, suele ser dulce al paladar; y luego se trueca en hiel de dragones y veneno de áspides.

Es cierto; ya no puedo negárselo á Vd. Yo no debí poner los ojos con tanta complacencia en esta mujer peligrosísima.

No me juzgo perdido; pero me siento conurbado.

Como el corzo sediento desea y busca el manantial de las aguas, así mi alma busca á Dios todavía. A Dios se vuelve para que le dé reposo, y anhela beber en el torrente de sus delicias, cuyo ímpetu alegra el Paraíso, y cuyas ondas claras ponen más blanco que la nieve; pero un abismo llama á otro abismo, y mis pies se han clavado en el cieno que está en el fondo.

Sin embargo, aún me quedan voz y aliento para clamar con el Salmista: ¡levántate, gloria mía! Si te pones de mi lado, ¿quién prevalecerá contra mí?

Yo digo á mi alma pecadora, llena de quiméricas imaginaciones y de vagos deseos, que son sus hijos bastardos: ¡Oh hija miserable de Babilonia, bienaventurado el que te dará tu galardón, bienaventurado el que deshará contra las piedras á tus pequeñuelos!

Las mortificaciones, el ayuno, la oración, la

penitencia serán las armas de que me revista para combatir y vencer con el auxilio divino.

No era sueño, no era locura; era realidad. Ella me mira á veces con la ardiente mirada de que ya he hablado á Vd. Sus ojos están dotados de una atracción magnética inexplicable. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los míos. Mis ojos deben arder entonces, como los suyos, con una llama funesta; como los de Amón cuando se fijaban en Tamar; como lo del príncipe de Siquén cuando se fijaban en Dina.

Al mirarnos así, hasta de Dios me olvido. La imagen de ella se levanta en el fondo de mi espíritu, vencedora de todo. Su hermosura resplandece sobre toda hermosura; los deleites del cielo me parecen inferiores á su cariño; una eternidad de penas creo que no paga la bienaventuranza infinita que vierte sobre mí en un momento con una de estas miradas que pasan cual relámpago.

Cuando vuelvo á casa, cuando me quedo solo en mi cuarto, en el silencio de la noche, reconozco todo el horror de mi situación y formo buenos propósitos, que luego se quebrantan.

Me prometo á mí mismo fingirme enfermo, buscar cualquier otro pretexto para no salir de la noche siguiente en casa de Pepita, pero á sí, y me bargo voy.

Me prometo á mí mismo fingirme enfermo, buscar cualquier otro pretexto para no salir de la noche siguiente en casa de Pepita, pero á sí, y me bargo voy.

—Véte á la tertulia. Yo sale de sus ojos; que que despache al aperador, aunque me condene.

Yo no atino con la excusa, no hallo el pretexto, y en vez de contestar:—No puedo ir—tomo el sombrero y voy á la tertulia.

Al entrar, Pepita y yo nos damos la mano, y al dárnosla me hechiza. Todo mi ser se muda. Penetra hasta mi corazón un fuego devorante, y ya no pienso más que en ella. Tal vez soy yo mismo quien provoca las miradas si tardan en llegar. La miro con insano ahinco, por un estímulo irresistible, y á cada instante creo descubrir en ella nuevas perfecciones. Ya los hoyuelos de sus mejillas cuando sonríe, ya la blancura sonrosada de la tez, ya la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de contornos y admirable modelado de la garganta.

Entro en su casa, á pesar mío, como evocado por un conjuro; y, no bien entro en su casa, caigo bajo el poder de su encanto; veo claramente que estoy dominado por una maga cuya fascinación es ineluctable.

No es ella grata á mis ojos solamente, sino que sus palabras suenan en mis oídos como la música de las esferas, revelándome toda la armonía del universo, y hasta imagino percibir una sutilísima fragancia que su limpio cuerpo

Yo digo á y que supera al olor de los mastranzos á orillas de los arroyos y al aroma de sus hijos bastardos, tomillo que en los montes se cría. bilonia, bienaventuradón, bienaventurado, ni discurro con juicio, por piedras á tus pequeñe
ella.

Las mortificaciones, encuentran nuestras mira-

das se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan se me figura que se unen y compenentran. Allí se descubren mil inefables misterios de amor, allí se comunican sentimientos que por otro medio no llegarían á saberse, y se recitan poesías que no caben en lengua humana, y se cantan canciones que no hay voz que exprese ni acordada cítara que module.

Desde el día en que ví á Pepita en el Pozo de la Solana no he vuelto á verla á solas. Nada le he dicho ni me ha dicho, y sin embargo, nos lo hemos dicho todo.

Cuando me sustraigo á la fascinación, cuando estoy solo por la noche en mi aposento, quiero mirar con frialdad el estado en que me hallo y veo abierto á mis pies el precipicio en que voy á sumirme, y siento que me resbalo y que me hundo.

Me recomienda Vd. que piense en la muerte; no en la de esta mujer, sino en la mía. Me recomienda Vd. que piense en lo instable, en lo inseguro de nuestra existencia y en lo que hay más allá. Pero esta consideración y esta meditación ni me atemorizan ni me arredran. ¿Cómo he de temer la muerte cuando deseo morir? El amor y la muerte son hermanos. Un sentimiento de abnegación se alza de las profundidades de mi ser, y me llama á sí, y me dice que todo mi ser debe darse y perderse por el objeto amado. Ansío confundirme en una de sus miradas; diluir y evaporar toda mi esencia en el rayo de luz que sale de sus ojos; quedarme muerto mirándola, aunque me condene.

Lo que es aún eficaz en mí contra el amor no es el temor, sino el amor mismo. Sobre este amor determinado, que ya veo con evidencia que Pepita me inspira, se levanta en mí espíritu el amor divino en consurrección poderosa. Entonces todo se cambia en mí, y aun me promete la victoria. El objeto de mi amor superior se ofrece á los ojos de mi mente como el sol que todo lo enciende y alumbra, llenando de luz los espacios; y el objeto de mi amor más bajo, como átomo de polvo que vaga en el ambiente y que el sol dora. Toda su beldad, todo su resplandor, todo su atractivo no es más que el reflejo de ese sol increado, no es más que la chispa brillante, transitoria, inconsistente de aquella infinita y perenne hoguera.

Mi alma, abrasada de amor, pugna por criar alas, y tender el vuelo y subir á esa hoguera, y consumir allí cuanto hay en ella de impuro.

Mi vida, desde hace algunos días, es una lucha constante. No sé cómo el mal que padezco no me sale á la cara. Apenas me alimento; apenas duermo. Si el sueño cierra mis párpados, suelo despertar azorado, como si me hallase peleando en una batalla de ángeles rebeldes y de ángeles buenos. En esta batalla de luz contra las tinieblas yo combato por la luz; pero tal vez imagino que me paso al enemigo, que soy un desertor infame; y oigo la voz del águila de Patmos que dice: «Y los hombres prefirieron las tinieblas á la luz,» y entonces me lleno de terror y me juzgo perdido.

No me queda más recurso que huir. Si en

lo que falta para terminar el mes mi padre no me da su venia y no viene conmigo, me escapo como un ladrón; me fugo sin decir nada.

23 de Mayo.

Soy un vil gusano, y no un hombre; soy el oprobio y la abyección de la humanidad; soy un hipócrita.

Me han circundado dolores de muerte, y torrentes de iniquidad me han conturbado.

Vergüenza tengo de escribir á Vd., y no obstante le escribo. Quiero confesárselo todo.

No logro enmendarme. Lejos de dejar de ir á casa de Pepita, voy más temprano todas las noches. Se diría que los demonios me agarran de los piés y me llevan allá sin que yo quiera.

Por dicha, no hallo sola nunca á Pepita. No quisiera hallarla sola. Casi siempre se me adelanta el excelente padre vicario, que atribuye nuestra amistad á la semejanza de gustos piadosos, y la funda en la devoción, como la amistad inocentísima que él la profesa.

El progreso de mi mal es rápido. Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caída, así mi espíritu ahora.

Cuando Pepita y yo nos damos la mano, no es ya como al principio. Ambos hacemos un esfuerzo de voluntad, y nos trasmitimos, por nuestras diestras enlazadas, todas las palpitaciones del corazón. Se diría que, por arte diabólico, obramos una transfusión y mezcla de lo más sutil de nuestra sangre. Ella debe de sen-

tir circular mi vida por sus venas, como yo siento en las mías la suya.

Si estoy cerca de ella, la amo; si estoy lejos la odio. A su vista, en su presencia, me enamora, me atrae, me rinde con suavidad, me pone un yugo dulcísimo.

Su recuerdo me mata. Soñando con ella, sueño que me divide la garganta, como Judit al capitán de los asirios, ó que me atraviesa las sienes con un clavo, como Jael á Sisara; pero á su lado, me parece la esposa del *Cantar de los Cantares*, y la llaino con voz interior, y la bendigo, y la juzgo fuente sellada, huerto cerrado, flor del valle, lirio de los campos, paloma mía y hermana.

Quiero libertarme de esta mujer y no puedo. La aborrezco y casi la adoro. Su espíritu se infunde en mí al punto que la veo, y me posee, y me domina, y me humilla.

Todas las noches salgo de su casa diciendo: «Esta será la última noche que vuelva aquí,» y vuelvo á la noche siguiente.

Cuando habla y estoy á su lado, mi alma queda como colgada de su boca; cuando sonríe se me antoja que un rayo de luz inmaterial se me entra en el corazón y le alegra.

A veces, jugando al tresillo, se han tocado por acaso nuestras rodillas, y he sentido un indescriptible sacudimiento.

Sáqueme Vd. de aquí: Escriba Vd. á mi padre que me dé licencia para irme. Si es menester, dígaselo todo. ¡Socórrame Vd! ¡Sea Vd. mi amparo!

30 de Mayo.

Dios me ha dado fuerzas para resistir, y he resistido.

Hace días que no pongo los pies en casa de Pepita, que no la veo.

Casi no tengo que pretextar una enfermedad, porque realmente estoy enfermo. Estoy pálido y ojeroso; y mi padre, lleno de afectuoso cuidado, me pregunta qué padezco y me muestra el interés más vivo.

El reino de los cielos cede á la violencia, y yo quiero conquistarle. Con violencia llamo á sus puertas para que se me abran.

Con ajeno me alimenta Dios para probarme; y en balde le pido que aparte de mí ese cáliz de amargura; pero he pasado y paso en vela muchas noches, entregado á la oración, y ha venido á endulzar lo amargo del cáliz una inspiración amorosa del espíritu consolador y soberano.

He visto con los ojos del alma la nueva patria, y en lo más íntimo de mi corazón ha resonado el cántico nuevo de la Jerusalén celeste.

Si al cabo logro vencer, será gloriosa la victoria; pero se la deberé á la Reina de los Angeles, á quien me encomiendo. Ella es mi refugio y mi defensa; torre y alcázar de David, de que penden mil escudos y armaduras de valerosos campeones; cedro del Libano, que pone en fuga á las serpientes.

En cambio, á la mujer que me enamora de un modo mundanal procuro menospreciarla y

abatirla en mi pensamiento, recordando las palabras del Sabio y aplicándoselas.

Eres lazo de cazadores, la digo; tu corazón es red engañosa, y tus manos redes que atan: quien ama á Dios huirá de ti, y el pecador será por ti aprisionado.

Meditando sobre el amor, hallo mil motivos para amar á Dios y no amarla.

Siento en el fondo de mi corazón una inefable energía que me convence de que yo lo despreciaría todo por el amor de Dios: la fama, la honra, el poder y el imperio. Me hallo capaz de imitar á Cristo; y si el enemigo tentador me llevase á la cumbre de la montaña y me ofreciese todos los reinos de la tierra porque doblase ante él la rodilla, yo no la doblaría; pero cuando me ofrece á esta mujer, vacilo aun y no le rechazo. ¿Vale más esta mujer á mis ojos que todos los reinos de la tierra; más que la fama, la honra, el poder y el imperio?

¿La virtud del amor, me pregunto á veces, es la misma siempre, aunque aplicada á diversos objetos, ó bien hay dos linajes y condiciones de amores? Amar á Dios me parece la negación del egoísmo y del exclusivismo. Amándole, puedo y quiero amarlo todo por él, y no me enojo ni tengo celos de que él lo ame todo. No estoy celoso ni envidioso de los santos, de los mártires, de los bienaventurados, ni de los mismos serafines. Mientras mayor me represento el amor de Dios á las criaturas y los favores y regalos que les hace, menos celoso estoy y más le amo, y más cercano á mi

le juzgo, y más amoroso y fino me parece que está conmigo. Mi hermandad, mi más que hermandad con todos los seres, resalta entonces de un modo dulcísimo. Me parece que soy uno con todo, y que todo está enlazado con lazada de amor por Dios y en Dios.

Muy al contrario, cuando pienso en esta mujer y en el amor que me inspira. Es un amor de odio que me aparta de todo menos de mí. La quiero para mí, toda para mí y yo todo para ella. Hasta la devoción y el sacrificio por ella son egoístas. Morir por ella sería por desesperación de no lograrla de otra suerte, ó por esperanza de no gozar de su amor por completo, sino muriendo y confundiéndome con ella en un eterno abrazo.

Con todas estas consideraciones procuro hacer aborrecible el amor de esta mujer; pongo en este amor mucho de infernal y de horriblemente ominoso; pero como si tuviese yo dos almas, dos entendimientos, dos voluntades y dos imaginaciones, pronto surge dentro de mí la idea contraria; pronto me niego lo que acabo de afirmar, y procuro conciliar locamente los dos amores. ¿Por qué no huir de ella y seguir amándola sin dejar de consagrarme fervorosamente al servicio de Dios? Así como el amor de Dios no excluye el amor de la patria, el amor de la humanidad, el amor de la ciencia, el amor de la hermosura en la naturaleza y en el aire, tampoco debe excluir este amor, si es espiritual é inmaculado. Yo haré de ella, me digo, un símbolo, una alegoría, una imagen de

todo lo bueno y hermoso. Será para mí como Beatriz para Dante, figura y representación de mi patria, del saber y de la belleza.

Esto me hace caer en una horrible imaginación, en un monstruoso pensamiento. Para hacer de Pepita ese símbolo, esa vaporosa y etérea imagen, esa cifra y resumen de cuanto puedo amar por bajo de Dios, en Dios y subordinándolo á Dios, me la finjo muerta, como Beatriz estaba muerta cuando Dante la cantaba.

Si la dejo entre los vivos, no acierto á convertirla en idea pura, y para convertirla en idea pura, la asesino en mi mente.

Luego la lloro, luego me horrorizo de mi crimen, y me acerco á ella en espíritu, y con el calor de mi corazón le vuelvo la vida, y la veo, no vagarosa, diáfana, casi esfumada entre nubes de color de rosa y flores celestiales, como vió el feroz Gibelino á su amada en la cima del Purgatorio, sino consistente, sólida, bien delineada en el ambiente sereno y claro, como las obras más perfectas del cincel helénico, como Galatea, animada ya por el afecto de Pigmalión, y bajando llena de vida, respirando amor, lozana de juventud y de hermosura, de su pedestal de marmol.

Entonces exclamo desde el fondo de mi turbado corazón: «Mi virtud desfallece; Dios mío, no me abandones. Apresúrate á venir en mi auxilio. Muéstrame tu cara y seré salvo.»

Así recobro las fuerzas para resistir á la tentación. Así renace en mí la esperanza de que

volveré al antiguo reposo no bien me aparte de estos sitios.

El demonio anhela con furia tragarse las aguas puras del Jordán, que son las personas consagradas á Dios. Contra ellas se conjura el infierno y desencadena todos sus monstruos. San Buanaventura lo ha dicho: «No debemos admirarnos de que estas personas pecaron, sino de que no pecaron. Yo, con todo, sabré resistir y no pecar. Dios me protege.»

6 de Junio.

La nodriza de Pepita, hoy su ama de llaves, es, como dice mi padre, una buena pieza de arrugadillo; picotera, alegre y hábil como pocas. Se casó con el hijo del Maestro Cencias, y ha heredado del padre lo que el hijo no heredó: una portentosa facilidad para las artes y los oficios. La diferencia está en que el Maestro Cencias componía un husillo de lagar, arreglabá las ruedas de una carreta ó hacía un arado, y esta nuera suya hace dulces, arropes y otras golosinas. El suegro ejercía las artes de utilidad; la nuera las del deleite, aunque deleite inocente, ó lícito al menos.

Antoñona, que así se llama, tiene ó se toma la mayor confianza con todo el señorío. En todas las casas entra y sale como en la suya. A todos los señoritos y señoritas de la edad de Pepita, ó de cuatro ó cinco años más, los tutea, los llama niños y niñas, y los trata como si los hubiera criado á sus pechos.

A mí me habla de mira, como á los otros,

Viene á verme, entra en mi cuarto, y ya me ha dicho varias veces que soy un ingrato, y que hago mal en no ir á ver á su señora.

Mi padre, sin advertir nada, me acusa de extravagante; me llama buho, y se empeña también en que vuelva á la tertulia. Anoche no pude ya resistirme á sus repetidas instancias, y fui muy temprano, cuando mi padre iba á hacer las cuentas con el aperador.

¡Ojalá no hubiera ido!

Pepita estaba sola. Al vernos, al saludarnos, nos pusimos los dos colorados. Nos dimos la mano con timidez, sin decirnos palabra.

Yo no estreché la suya; ella no estrechó la mía; pero las conservamos unidas un breve rato.

En la mirada que Pepita me dirigió nada había de amor, sino de amistad, de simpatía, de honda tristeza.

Había adivinado toda mi lucha interior; presumía que el amor divino había triunfado en mi alma; que mi resolución de no amarla era firme é invencible.

No se atrevía á quejarse de mí; no tenía derecho á quejarse de mí; conocía que la razón estaba de mi parte. Un suspiro, apenas perceptible, que se escapó de sus frescos labios entreabiertos, manifestó cuánto lo deploraba.

Nuestras manos seguían unidas aún. Ambos mudos. ¿Cómo decirle que yo no era para ella ni ella para mí; que importaba separarnos para siempre?

Sin embargo, aunque no se lo dije con pala-

bras, se lo dije con los ojos. Mi severa mirada confirmó sus temores; la persuadió de la irrevocable sentencia.

De pronto se nublaron sus ojos; todo su rostro hermoso, pálido ya de una palidez traslúcida, se contrajo con una bellísima expresión de melancolía. Parecía la madre de los dolores. Dos lágrimas brotaron lentamente de sus ojos y empezaron á deslizarse por sus mejillas.

No sé lo que pasó en mí. ¿Ni cómo describirlo, aunque lo supiera?

Acerqué mis labios á su cara para enjugar el llanto, y se unieron nuestras bocas en un beso.

Inefable embriaguez, desmayo fecundo en peligros invadió todo mi ser y el ser de ella. Su cuerpo desfallecía y la sostuve entre mis brazos.

Quiso el cielo que oyésemos los pasos y la tos del padre vicario que llegaba, y nos separamos al punto.

Volviendo en mí, y reconcentrando todas las fuerzas de mi voluntad, pude entonces llenar con estas palabras, que pronuncié en voz baja é intensa, aquella terrible escena silenciosa:

—¡El primero y el último!

Yo aludía al beso profano; mas, como si hubieran sido mis palabras una evocación, se ofreció en mi mente la visión apocalíptica en toda su terrible majestad. Vi al que es por cierto el primero y el último, y con la espada de dos filos que salía de su boca me hería en el alma, llena de maldades, de vicios y de pecados.

Toda aquella noche la pasé en un frenesí, en un delirio interior, que no sé cómo disimulaba.

Me retiré de casa de Pepita muy temprano. En la soledad fué mayor mi amargura.

Al recordarme de aquel beso y de aquellas palabras de despedida, me comparaba yo con el traidor Judas, que vendía besando, y con el sanguinario y alevoso asesino Joab, cuando al besar á Amasá, le hundió el hierro agudo en las entrañas.

Había incurrido en dos traiciones y en dos falsías.

Había faltado á Dios y á ella.

Soy un ser abominable.

11 de Junio.

Aún es tiempo de remediarlo todo. Pepita sanará de su amor y olvidará la flaqueza que ambos tuvimos.

Desde aquella noche no he vuelto á su casa. Antoñona no parece por la mía.

A fuerza de súplicas he logrado de mi padre la promesa formal de que partiremos de aquí el 25, pasado el día de San Juan, que aquí se celebra con fiestas lucidas, y en cuya víspera hay una famosa velada.

Lejos de Pepita me voy serenando y creyendo que tal vez ha sido una prueba este comienzo de amores.

En todas estas noches he rezado, he velado, me he mortificado mucho.

La persistencia de mis plegarias, la honda

contrición de mi pecho han hallado gracia delante del Señor, quien ha mostrado su gran misericordia.

El Señor, como dice el Profeta, ha enviado fuego á lo más robusto de mi espíritu, ha alumbrado mi inteligencia, ha encendido lo más alto de mi voluntad y me ha enseñado.

La actividad del amor divino, que está en la voluntad suprema, ha podido en ocasiones, sin yo merecerlo, llevarme hasta la oración de virtud efectiva. He desnudado las potencias inferiores de mi alma de toda imagen, hasta de la imagen de esa mujer; y he creído, si el orgullo no me alucina, que he conocido y gozado, en paz con la inteligencia y con el afecto, del bien supremo que está en el centro y abismo del alma.

Ante este bien todo es miseria; ante esta hermosura es fealdad todo; ante esta felicidad todo es infortunio; ante esta altura todo es baja-jeza. ¿Quién no olvidará y despreciará por el amor de Dios todos los demás amores?

Sí, la imagen profana de esa mujer saldrá definitivamente y para siempre de mi alma. Yo haré un azote durísimo de mis oraciones y penitencias, y con él la arrojaré de allí, como Cristo arrojó del templo á los condenados mercaderes.

18 de Junio.

Esta será la última carta que yo escriba á Vd. El 25 saldré de aquí sin falta. Pronto tendré el gusto de dar á Vd. un abrazo.

Cerca de Vd. estaré mejor. Vd. me infundirá ánimo y me prestará la energía de que carezco,

Una tempestad de encontradas afecciones combate ahora en mi corazón.

El desorden de mis ideas se conocerá en el desorden de lo que estoy escribiendo.

Dos veces he vuelto á casa de Pepita. He estado frío, severo, como debía estar; pero ¡cuánto me ha costado!

Ayer me dijo mi padre que Pepita está indispuesta y que no recibe.

En seguida me asaltó el pensamiento de que su amor mal pagado podría ser la causa de la enfermedad.

¿Por qué la he mirado con las mismas miradas de fuego con que ella me miraba? ¿Por qué la he engañado vilmente? ¿Por qué la he hecho creer que la quería? ¿Por qué mi boca infame buscó la suya y se abrasó y la abrasó con las llamas del infierno?

Pero no: mi pecado no ha de traer como indefectible consecuencia otro pecado.

Lo que ya fué no puede dejar de haber sido, pero puede y debe remediarse.

El 25, repito, partiré sin falta.

La desenvuelta Antoñona acaba de entrar á verme.

Escondí esta carta como si fuera una maldad escribir á Vd.

Sólo un minuto ha estado aquí Antoñona.

Yo me levanté de la silla para hablar con ella de pie y que la visita fuera corta.

En tan corta visita me ha dicho mil locuras que me afligen profundamente.

Por último, ha exclamado al despedirse, en su jerga medio gitana:

— Anda, fullero de amor, *indinote*, maldecido seas; *malos chuqueles te tagelen el drupo*, que has puesto enferma á la niña y con tus retrechieras la estás matando!

Dicho esto, la endiablada mujer me aplicó, de una manera indecorosa y plebeya por bajo de las espaldas, seis ó siete feroces pellizcos, como si quisiera sacarme á túrdigas el pellejo. Después se largó echando chispas.

Mo me quejo; merezco esta broma brutal, dado que sea broma. Merezco que me ateneen los demonios con tenazas hechas ascuas.

¡Dios mio, haz que Pepita me olvide; haz, si es menester, que ame á otro y sea con él dichosa!

¿Puedo pedirte más, Dios mío?

Mi padre no sabe nada, no sospecha nada. Más vale así.

Adiós. Hasta dentro de pocos días, que nos veremos y abrazaremos.

¡Qué mudado va Vd. á encontrarme! ¡Qué lleno de amargura mi corazón! ¡Cuán perdida la inocencia! ¡Qué herida y qué lastimada mi alma!